

Furor en el Futuro Shop (y II)

El futuro está en las últimas, que para él siempre son las primeras. Te lo encuentras ya en los *Todoacien*; te lo dan a precio de saldo en las *Futurerías* especializadas; y te lo envuelven para regalo en cualquier franquicia de *Futuro Shop* que se precie.

Algunos creen que el futuro es sólo cosa del pasado: que si está achacoso, anacrónico, vetusto... Pero qué sabrán, si todavía no fueron; y qué dirán, si aún no han estado.

Cuestión aparte es su impuntualidad, eso sí: el futuro no es nada cortés. Quedas con él a tomar un pincho y no recuerda jamás los horarios. En ocasiones, y para disculparse, envía a su primo *El Promesas*; otras, sin más, te planta sin dar explicaciones. ¡Menudo es! Se le da la mar de bien el jugar –escondido– a los despistes.

A Woody –un chiquito que está empezando y que parece querer dedicarse a eso de las películas– le interesa el futu-

ro porque allí –comenta– pasará el resto de su vida. Sin ganas de contrariar, a mí más bien me interesa, quizá por otras razones: carcamal o no, decrepito o lozano, de la mano del futuro, en su ausente compañía, habrá que lidiar el ahora. Es ahí donde encierra su magia.

No hace mucho pasaban por televisión *La buena vida*. En la película de David Trueba, el personaje del abuelo se descolgaba con su decepción: “Se han pasado la vida engañándome con lo del futuro. Y ahora que estoy en el futuro, qué. Pues un fraude”.

Realmente, ése suele ser el problema: las *futuro-gangas* que a veces nos venden. Ni control de calidad, ni tres años de garantía, ni fecha de caducidad, ni *devolvemos sus ilusiones si usted queda insatisfecho*.

Óscar Sánchez Alonso

oscarsanchez.alonso@upsa.es